

Fernando Aramburu

UTILIDAD DE LAS DESGRACIAS

y otros textos

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FERNANDO ARAMBURU
UTILIDAD DE LAS DESGRACIAS
y otros textos

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2020

© Fernando Aramburu, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-869-6
Depósito legal: B. 13.414-2020
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Prólogo: Antes que se me olvide	11
Recordar una vida	
El vino de la infancia	17
Bofetadas en el colegio	21
Espronceda y el rap	25
Madre y poder	30
El porvenir de las campanas	34
La hora de los difuntos	38
Nosotros y los animales	42
Zaragoza hacia 1980	46
No olvidar el dolor de los demás	
Diversas muertes de Pardines	53
1968, cincuenta años después	58
El olivo y el roble	62
Adoquines de la memoria	66
María Teresa Castells y el humo de los libros	71
ETA y su narrativa	75
Guerra Garrido, un resistente	79
Diez días en la grieta	83
El perdón como terapia	87

Disfrutar del presente	
El arte de estar solo	93
Una tarde sin el móvil	97
Políticos en las ortigas	101
Dos horas en la ópera	105
Provecho cultural del fútbol	109
La felicidad de las ardillas	113
Madrid otoñal	117
Idiosincrasia del frío	121
Postal de Hannover	125
Crónica palermitana	129
Cementerio de cinco estrellas	133
Berlín, el otro día	137
Un respeto al ajo	141
Apología de la pera	145
Crónica de un desayuno	149

Entregarse a un oficio

La hora crucial de la manzana	155
Instrumentos de la escritura	159
El escritor y su yo	163
Ladrón de oxígeno	167
El oficio de entrevistar	171
El público visto desde el estrado	175
Veintitrés euros	179
Mañanas y tardes firmadas	183
La baza del lector	187
Lo del Biblioteca Breve	191
Las casas de los escritores	195

Apasionarte con la lectura

Una vida en libros	201
75 años de <i>Nada</i>	205

Un homenaje a Nabokov	209
Entre la cita y la pared	213
Los estilos objetados	217
San Manuel Bueno, revisitado	222
Los héroes de Hidalgo Bayal	226
Tres años sin Ramiro Pinilla	230
Necesidad de poesía	234
Evocación de Alfonsina Storni	238
Los sonetos en prosa de Irazoki	242
Y de pronto Rosa Berbel	246
La voz serena de Sánchez Rosillo	250

Crear en la educación

¿Qué es un genio?	257
Elogio del aburrimiento	261
Una hora delante del cuadro	265
Tchaickovsky en el colegio	269
Estamos hechos de palabras	273
Los bajos fondos del idioma	277
La destrucción de los nombres	281
Apellidos aplastantes	285
Evolución de los alumnos	289
La memoria quebradiza	293
Un maestro crucial	298

Extraer algunas certezas

El lamento del varón	305
Los ruidos de esta época	309
Abrazar escritores	313
Lecturas omnívoras y lecturas veganas	317
Amad a vuestros enemigos	321
Hombres enredados	325
¿Para qué sirve la inmortalidad?	329

Ventajas de un alma con pelo	333
¿Cuándo empieza la vejez?	337
Origen, identidad, un burro	341
Utilidad de las desgracias	345

El vino de la infancia

No es que fuéramos *Oliver Twist* ni *Lázaro de Tormes*. Vamos a decir, para entendernos lo más rápidamente posible, que nuestros progenitores, mientras atendían a sus obligaciones familiares y laborales, acostumbraban confiar una parte de nuestra educación infantil al campo o a la calle. Yo no recuerdo huertos claros donde maduraba el limonero; pero tampoco, años sesenta, miseria.

Mi infancia son principalmente brazos ortigados y piernas arañadas. Por más que paso páginas, no encuentro en la memoria niños gordos. Miento. Había uno, el gordo por antonomasia, que, a la hora de repartir la tropa futbolera en dos equipos, quedaba como última opción tanto en el barrio como en el colegio. Conceptos como bulimia, anorexia, acoso escolar, aún no existían.

Algo sano, no sé con exactitud qué, había en la ausencia de tutela demasiado protectora. Distábamos mucho de ser la generación mejor preparada de la Historia; pero, en líneas generales, abundaban en nuestras filas los espabilados. Quizá, simplemente, porque al pasar largos tramos del día sin vigilancia el niño estaba obligado a tomar decisiones por su cuenta. Bueno, y porque nos adiestraban a bofetada limpia, la verdad sea dicha, lo que quieras que no ayuda bastante a forjar el carácter.

El caso es que a la edad de siete u ocho años ya me dejaban beber vino en casa. Desde la perspectiva actual, tamaña permisión podría parecer un crimen pedagógico de muy graves consecuencias hepáticas. He de decir que a mí, sin embargo, la ingesta prematura, durante las cenas familiares, de vino cristianizado con gaseosa, más tarde sin bautizar, me vacunó de por vida contra el alcoholismo. Al mismo tiempo me familiarizó pronto con una cultura de afirmación de la vida que asocio desde entonces al vino. También incluyo en la categoría de potenciadores vitales a los libros y al amor físico, que en mi caso particular llegaron más tarde.

Mi madre, ama de casa a mucha honra, era la encargada de comprar aquel vino tinto y proletario en garrafones de cinco litros. Era un vino de mesa barato que ella nunca probaba. Tenía una embocadura más bien poco sedosa. Deleitaría, supongo, a los amigos de lo agrio. Mi padre, obrero fabril, era el encargado de beberlo. En la bodega, como llamábamos al sótano, lo trasegaba a la botella desnuda de etiqueta con ayuda de un embudo, sin derramar gota; después, en la cocina de casa, de la botella al porrón, donde lo mezclaba con gaseosa La Casera hasta darle, a la luz hogareña de los tubos fluorescentes, un hermoso y burbujeante color de aloque.

A mi padre, que en paz descanse, le disgustaba que yo chupase el pitón. Me amonestaba a su manera blandamente rigurosa de hombre bueno. Con instinto didáctico, aprovechaba para mostrarme cómo el bebedor ha de empuñar la vasija y sostenerla con la vista dirigida al techo, y cómo al final del trago ha de arrearle una pequeña y rápida sacudida al mango con el fin de que el pitón no le escupa un chorrillo de vino a la camisa o directamente en el ojo. A continuación, me invitaba a demostrarle que había comprendido. Yo (siete, ocho años) agarraba el porrón como es norma que se

agarre, para lo cual no hace falta experiencia ni lección; embocaba el orificio minúsculo entre los labios separados y, olvidándome de las recientes instrucciones, mamaba de él con una delectación succionadora que hacía poner a mi padre los ojos en blanco.

Por aquel entonces pasábamos temporadas vacacionales en el pueblito navarro donde nació mi madre, Oteiza de la Solana, en la Merindad de Estella. Decíamos bajar a Oteiza influidos por la disposición geográfica del mapa, aun cuando desde San Sebastián hasta allí era todo subida, con dos puertos por medio. El pueblo está en lo alto de un cerro. Es sitio seco, rodeado de tierras de pan llevar y viñas. En una de estas, llegada la época, vendimiaba mi tío Víctor. Yo lo acompañé alguna vez con el tractor y los cestos. Toda la actividad consistía en cortar racimos. Cuando nadie me veía, picaba algún que otro grano gordo. Después la lengua morada me delataba, lo cual no importaba mucho porque todos, incluyendo mi tío, la tenían igual.

La uva vendimiada se llevaba al lagar de una cooperativa. En el recinto amplio y sombrío trascendía un aire de mosto dulzón que mareaba agradablemente. Detrás, a poca distancia, estaba el cementerio de Oteiza. En el galpón de la cooperativa, me asaltaron en cierta ocasión unos asomos traumáticos que a punto estuvieron de malquistarme para siempre con el porrón paterno. Y fue que vi a unos hombres de piernas pilosas, con los pantalones remangados hasta las rodillas, pisar uva descalzos. La imagen de los pies violáceos sobre la montonera de racimos me colmó de repulsión.

Estas y otras averiguaciones las hacíamos los niños por nuestra cuenta y a veces daban que pensar. Los adultos les quitaban importancia o las despachaban con algún refrán; en el caso de los manjares y las bebidas, con aquel tan conocido que dice: «Lo que no mata, engorda», útil también en

nuestra casa cuando la coliflor cocida llegaba al plato infestada de pulgones o cuando te salía la fruta habitada de gusanos. Se practicaba poco la sutileza educativa en los años de mi niñez. Quizá no esté de más añadir que esto era antes del influjo de las películas de Walt Disney, en tiempos cada vez más lejanos en que los niños no estaban avezados a asignar cualidad humana a los animales.

Así que, durante un tiempo, no pude evitar el recuerdo desagradable del pisado de la uva a la vista del porrón de vino y gaseosa. El desagrado se acrecentaba si el garrafón era de los traídos del pueblo de mi madre, lleno de vino obtenido de uva estrujada en parte con los pies; en parte, supongo, en el trujal. Aunque el reparo se me pasó pronto, lo tengo tan presente como la sensación del vino rebajado con gaseosa, que es uno de los sabores emblemáticos de mi niñez.

Pongo en duda que la jerigonza del buen catador acierte con las palabras precisas para describir lo que sentíamos mi paladar, mi olfato y yo en las lejanas cenas de la infancia: aquel golpe inicial de dulzor, con frecuencia engañoso, por cuanto no era extraño que mi padre hubiese favorecido al vino en detrimento de la gaseosa dentro del porrón, con los efectos paulatinos que se dejan imaginar; aquella repentina y fresca explosión de las burbujas sobre la lengua que hacía tolerable, incluso delicioso, el punto amargo del vino peleón. Y no es que el niño se embriagase, pero cuántas noches el angelito se acostaba con una viva sensación eufórica, de sopor placentero, o como decía mi madre sin rebozo, con el morro caliente. No es por nada, pero luego yo dormía la noche de un tirón.